

BREVE ELOGIO DE LA AMISTAD

Los amigos, al igual que aquel policía que declaró a mi favor, o el asesino que se desvivió por mí en la enfermería de la cárcel, han sido mi más firmes sostenes a lo largo de mi vida: prestándome dinero y libros, dejándome casas para escribir, ayudándome a encontrar trabajo cuando las cosas parecían estar en mi contra, facilitándome la vida en todo momento sin esperar nada a cambio. Me pregunto si tengo el don de recibir.

DESIERTO FLORIDO

En mi época de nómada, cruzando el desierto de Atacama, en el norte de Chile, contemplé un fenómeno que ocurre muy raramente. Cada seis o siete años, tras una noche lluviosa, las semillas que han estado hibernando bajo la tierra seca y pedregosa, germinan en un estallido de flores de vivísimos colores. La vida, acabaría pensando, al igual que las semillas ocultas bajo tierra aguardan pacientes el momento de aflorar, es una larga e interminable espera de esos momentos únicos, irrepetibles, de esos instantes fugaces en los que todo adquiere su pleno sentido, su total y absoluto significado. Sí, la vida como desierto florido, como el erial por el que transitan monótonas las horas y los días, pero en cuyo interior reposan agazapadas, esperando el instante propicio para cumplirse, las más maravillosas sorpresas.

EMPEZAR A CANTAR

Durante un tiempo, me acostumbré a pasar las horas en un balcón de madera orientado hacia el sur, a ratos leyendo, a ratos contemplando los montes de color pizarra, en todo momento dejándome penetrar por la naturaleza y sus sonidos. Rodeado por aquella especie de quietud habitada, una tranquilidad profunda se fue apoderando de mí. Pasaba el día solo, en silencio, fascinado por la pureza del aire que respiraba y por mi propia inmovilidad. Allí, nada me perturbaba. Y fue allí, en aquella atmósfera que evocaba una pompa o burbuja de luz, donde la necesidad de ponerme a escribir, tantas veces demorada, se hizo por fin inaplazable. De hecho, fue en aquel balcón desvencijado, en una casa no menos desvencijada, donde descubriría que en cada cosa duerme una canción, y que si acertaba con las palabras el mundo empezaría a cantar.

ELOGIO DE LA ESCRITURA

Yo no era más que un flojo, me reconvenía, por mis constantes renunciaciones, por mi abandono del partido, por mi dimisión de la enseñanza, por mi ruptura con las mujeres que me exigían un mayor compromiso, por mi alejamiento del mundo que me vio nacer. Yo estaba inundado por sueños egoístas, vivía ensimismado en preocupaciones que ahora me parecen ridículas. Quizá traté prematuramente de ser otros sin saber quién era en realidad. No lo sé. No estoy seguro, salvo que me equivoqué en muchas ocasiones y que no fui sincero del todo con los demás ni conmigo mismo. Sin embargo, en el acto de escribir he logrado reconciliarme con todos esos mundos que dejé atrás, como si la escritura fuese el punto de encuentro entre los que fui y el que ahora soy.

SOBRE EL CANSANCIO

Hay algo profundamente humano en el cansancio. El cansancio invita a la contemplación. De ser algo, te gustaría ser experto en cansancios. Recuerdas especialmente algunos cansancios extremos, a los que accediste viajando durante días y noches a través de los Andes, en Perú; o cruzando las estepas de Anatolia; o atravesando los desiertos africanos. Unos cansancios que te volvían poroso, que te abrían al sentimiento de comunidad con el mundo, que te sumían en un proceso de disolución y de expansión sin límites -Arthur Koestler lo denominaba 'sentimiento oceánico'. Era la catarsis absoluta, la paz que sobrepasa todo entendimiento. El yo, la maldición del yo, disuelto como un fluido en el paisaje.

ELOGIO DEL VIAJERO

En mis vagabundeos descubrí todos los gestos del abandono, las diversas maneras de atender a lo que me rodeaba, de mirar sin ver, de flotar sobre la realidad. El viaje era una forma de espera, también una forma de disolución y de expansión sin límites. Me detenía en cualquier pueblo o ciudad, me sentaba en los bancos de las plazas, dejaba pasar el tiempo. Y seguía mi camino, a veces buscando las estepas áridas y a veces el mar, como si mi vida fuese un péndulo que alternase entre la tierra y el agua. Y atravesaba los países como un pordiosero, como un nómada cuya patria no es más que un campamento en el desierto. La mayor parte del tiempo viajaba a la deriva, dejándome guiar por señales incomprensibles. No escribía nada. Leía a los poetas. El tiempo transcurría y yo -que era yo y muchos y que seguía sin saber quién era- no dejaba de pensar en que todos los caminos del mundo cabían en mis manos.

SOBRE LA TORTURA

¿Y cómo reproducir el temblor, la confusión y el miedo que experimenté en aquellas jornadas en las que el día y la noche formaban una sola unidad indefinida, en las que el mundo se limitaba a una celda ciega, a la que descendían figuras hieráticas que se dirigían a mí con gritos amenazadores o con dulces palabras, pero siempre inquisitivas, interrogantes, en una espiral ascendente de violencia, y yo con la mente en blanco, hundiéndome en el misterio del mundo animal, incapaz de pensar, de observar, de distinguir un rostro de otro, de pronto indiferente a todo, a las preguntas, a la sed, al hambre, ovillado en uno de los rincones cuando ya no me tenía en pie, cosificado, insensible como la piedra o la madera a las palabras y a los golpes?

José Luis Cancho (Valladolid, 1952). Ha publicado cuatro novelas: *El viajero junto al mar* (Dossoles, Burgos, 1999), *Grietas* (DVD ediciones, Barcelona, 2001), *Indicios* (DVD ediciones, Barcelona, 2004), *Lento proceso* (papeles mínimos, Madrid, 2014). Y la autobiografía *Los refugios de la memoria* (papeles mínimos, Madrid, 2017). Reside en San Sebastián.

LA SUBORDINADA

SILVIA ZULETA ROMANO

Viviana tenía prohibido sentarse. Da mala imagen, le había dicho su jefa mientras devoraba un plato de espagueti calentado en el microondas.

Movió los pies en círculos. Las plantas estaban doloridas, embutidas en unos tacos de color rojo. Igual que sus labios.

Miraba a la puerta. La gente pasar. Los autos. El movimiento constante contrastaba con la quietud de aquel lugar en donde ella apenas se movía.

Después de media hora, solo una señora se detuvo en el escaparate a mirar los precios. En la calle las partículas se movían pero dentro no había manera. Todo estaba detenido. Las lacas en su sitio. Los pomos de tintura. El espejo. Los secadores. Y ella como una torre vigía escrutando el horizonte.

Cada tanto, Viviana pispaba el Instagram. De reojo, para que su jefa no la viera. Y con el desparpajo que le da su jerarquía, la patrona hojeaba la revista Vogue. ¿Viste este peinado? Dicen que es tendencia esta primavera pero ¿adónde vas con eso?

Viviana no respondió. No tenía nada que decir. Llevaba tres meses en ese puesto. Era Oficial de peluquería. Ella constituía el fiel reflejo de un capitalismo que pide títulos para luego no ejercerlos. Ella había estudiado en una escuela de peluquería del barrio.

A ella no le importó. Consideraba que cualquier trabajo tendría condiciones penosas para los que recién empiezan (¿no consistía en eso el capitalismo?).

Quería trabajar y el solo olor a peluquería la ponía de excelente humor. El champú con aroma a melón, el Kerastase, las ampollas. Los masajes de cabeza. El esmalte que se intuye en el aire. Ese cosmos maravilloso que buscaba la belleza. Detener el envejecimiento. Rebuscar la luz.

Sí, trabajar por obligación era horrible. Tener jefes. Ganar una miseria. Viviana era Oficial de peluquería pero ganaba como una aprendiz sumado a unas tristes comisiones por los champús que recomendaba. Sin embargo, aquel aroma a lacas y gominas compensaba los sacrificios. O eso pensaba.

Apoyó medio cuerpo en el mostrador. Seguía como una estatua viendo la calle. ¿Entraría alguien?

No te apoyés. Das mala imagen al negocio.

Ella no dijo nada. El silencio era una cosquilla incómoda.

¿Querés que ordene las cremas?

Viviana anhelaba hacer algo, lo que sea.

Las cremas no las toqués, son caras. Si querés moverte, barré un poco. Hay pelos por todas partes.

Ella obedeció mientras pensaba sobre la incongruencia de necesitar un título para pasar la escoba.

No se puede barrer en tacos, pensó.

Su mamá se había puesto feliz cuando su hija le dijo que había conseguido su primer trabajo como peluquera.

Y ahora estoy barriendo, pensó.

Su mamá la había abrazado con ganas.

¿Querés que vaya a verte y me hacés un corte lindo?

Ella la miró.

No, mamá. Es un quemo. Y se rió al usar esa palabra.

Lo último que necesitaba era que su madre la viera barrer. Tanto trabajo de ella para esto. Para barrer. Ni ordenar unas putas cremas me deja.

Varios asuntos de índole económica habían afectado su vida. Uno de ellos, fue la fuerte crisis económica que empezó en Estados Unidos y se extendió por varios países periféricos. Cerraron empresas, se disparó la inflación y bajaron los salarios. Ella intuía que las peluquerías eran un lujo que poca gente se podía permitir. Su prima se teñía con unos pomos que se compraba por Internet.

Eso tiene parabenos, le decía Viviana a su prima examinando el pomo.

A mí qué me importa. No te hagás la agrandada. ¿Vos te creés que yo ando pensando en los parabenos cuando apenas tengo para pagar las expensas?

Y ella se calló sintiéndose estúpida por su comentario de los parabenos.

Su jefa la miró un minuto. Tenía el celular en la mano y se notaba que quería estar a solas.

Andá a comer.

Y ella corrió como alma que lleva el diablo al cubículo que había al fondo. Cerró una cortina y se puso a pinchar unas lechugas.

Y justo suena el timbre. Alguien quiere entrar. Ella escucha la conversación. Es un cliente habitual. Porque a pesar de la situación del país, siguen existiendo hombres coquetos.

Intenta escuchar la conversación. ¿Por qué hablan en susurros? Viviana sigue comiendo. El hombre huele a colonia. Y a través de su cortina ve los masajes, el Kerastase, el champú especial, el acondicionador a pesar de que lleva el pelo cortísimo.

Haceme las manos, dice él en voz baja.

Su jefa le cumple todos los deseos. Saca la mesa plegable con las vituallas y estalla un festival de limas y acetonas.

¿Redondas o cuadradas?

Cuando ella termina de comer, el cliente ya está pagando. Y la jefa, que lleva unas uñas que parecen árboles de navidad, se dirige a ella.

¿Ves el cliente que se acaba de ir?

Si, dice la subordinada.
Está casado. Susurra sonriente ella como si fuera un pecado capital.
Y no le deja responder.
Siempre me viene a ver. ¿Sabés que va a dejar a la mujer? Me dice que tiene que esperar un poco porque es una mujer inestable y, claro, es la madre de sus hijos. Ella apenas responde un “qué bueno” sin entusiasmo. No encuentra nada romántico en el asunto.
Esboza una sonrisa y se pone en su lugar de siempre, frente al escaparate viendo a la gente pasar.
Nena, no te quedés ahí parada. Andá a repartir estos folletos. Deciles que la promo termina mañana.
Y Viviana sale a la humedad incesante de la ciudad. Y respira el aire contaminado. Los pasos de la gente. Ese ir y venir hermoso. Y se le ocurre que aquella peluquería soñada devenida en prisión es una pesadilla. Agarra la pila de folletos. La misma promoción todos los días. Un grupo de oficinistas de la zona ya la conocen.
¿Es la promo otra vez? Y se ríen.
Ella, a su vez, les sonríe para que al menos los oficinistas piensen que también se ríe de la situación aunque por dentro se le llena el alma de una tristeza profunda. Como si su cuerpo contuviera los secretos más terribles acerca del universo. Y se acuerda de sus clases de historia en el colegio, las raíces cuadradas que tuvo que aprender con profesor particular y las técnicas de peluquería que le enseñaba aquella peluquera experta. El esfuerzo. Las ganas. Y no deja de saber que está solamente repartiendo folletos en la calle. Y se pregunta por el origen de todo. Porque de pronto le pareció que el mero hecho de existir era un grave inconveniente. Y esa misma tenebrosa revelación la hizo sonreír.
Se apoyó en la pared. Un ligero mareo.
Y en una ráfaga de audacia absoluta, abre la mano y deja ir los folletos con el viento. Se le antojaron pájaros que vuelan por fin libres. Y camina por la vereda alfombrada de papelitos.
Se aleja. Deambula por la ciudad. Dibuja círculos. Cuadrados. Hasta que la peluquería es un punto. Allí donde su vista se pierde.
Caían las primeras gotas. Empezaba el otoño.

Silvia Zuleta Romano nació en Mar del Plata, provincia de Buenos Aires. Es licenciada en Economía por la UBA. En 2005 se trasladó a Madrid en donde trabajó unos años en temas de Economía de la cultura hasta que decidió cambiar de rumbo. Así, tuvo a su primera hija, empezó a escribir ficción e inició estudios de posgrado en Filosofía de ciencia. Publicó de forma independiente su primera novela *Los viajes sonámbulos*, un libro de relatos cortos *Cabeza de zanahoria y otras anécdotas* y *Los absurdos*, su última novela, todos disponibles en Amazon. Tiene dos blogs *La guarida de ficción* en donde reflexiona y asesora en temas que tienen que ver con la autopublicación y la escena de la literatura independiente y *El blog del Canguro filósofo*, especializado en filosofía, economía, nuevas tecnologías, bienes intangibles y consumo cultural. Acaba de publicar el libro de relatos *Olvidate de las bailarinas*. De forma habitual, colabora en revistas literarias.